

Punto 3.º *San Juan recibió á María por su Madre.*—Aquí has de considerar lo que dice el sagrado Evangelista que, oyendo el discípulo amado las palabras de Jesucristo crucificado, desde aquella misma hora recibió á María por su Madre. Acerca de lo cual debes ponderar que de la Virgen no se dice que recibiese á san Juan por su hijo, porque ya se estaba dicho, por ser Ella tan obediente, que bastaba saber cualquiera señal de la divina voluntad para cumplirla. Pero de sí, dice el Evangelista, *accepit eam in sua*, que la tomó á su cargo, para ejercitar con Ella todos los oficios de un buen hijo para con su madre; los cuales cumplió con gran puntualidad y diligencia, no sólo por habérselo mandado su Maestro, sino también porque se tenía por feliz en servir á tal Madre. ¡Dichoso y afortunado santo, á quien tal tesoro fué confiado! Mas pondera bien cómo, no sólo dice el Evangelista que recibió á María por su madre, sino *in sua*, por todas sus cosas; que es decir: para madre á quien amase y sirviese; para maestra á quien escuchase y de quien aprendiese; para pastora á quien siguiese; para abogada en quien confiase; para su mediadora, su tesoro, su honor y su felicidad. De donde has de aprender que en María puedes hallar todo cuanto apetezcas, pudiéndose decir que su devoción y amistad es un tesoro inestimable, y aquellos que le encuentran, con él hallan todas las cosas. ¡Oh glorioso Evangelista! Gózome de la buena suerte que os ha cabido en este día; suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo, que os dió para con su Madre, para que le sirva yo como la servisteis Vos. ¡Oh Madre amantísima! En adelante Vos seréis el único objeto de mi amor y confianza después de Dios; y en Vos sólo buscaré mi contento, mi alegría y felicidad para este mundo y el otro. ¡Oh alma mía! En María está tu tesoro; ¿posee Ella tu corazón?

Epílogo y coloquios. ¡Cuánta gloria, qué honor, qué distinción hace Jesucristo crucificado con su amado discípulo! ¡Cuán generosamente le paga las virtudes de la virginidad y de la caridad en que se ha distinguido entre sus condiscípulos! Desde la cruz le dirige afectuosa mirada, y señalando con la vista á María, que presente estaba, le dice: «Mira, ésta será tu Madre». ¡Qué sentiría el amante discípulo en esta ocasión! ¡Qué incendio de amor filial para con María se apoderaría de su corazón! Porque si las palabras de Jesús son eficaces para obrar lo que significan, no puede dudarse que con éstas el Señor infundiría en san Juan los afectos más tiernos de un hijo para con su madre. Así se explica cómo el mismo Evangelista, refiriendo lo que en sí ha pasado, diga que recibió á María por su Madre y por todas sus cosas. Desde aquel instante, san Juan ve en María una Madre ternísima, una Abogada poderosa, una Maestra sapientísima, una Pastora amante, un Tesoro inagotable; en una palabra: todas sus cosas. Y tú, ¿cómo miras á María? También á ti

te ha dicho el Señor en la persona de san Juan: «Ves aquí á tu madre». ¿Eres hijo fiel, sumiso y obediente de María? ¿Te sometes á cuanto Ella dispone? ¿La defiendes al verla perseguida? ¿Tienes celo por extender el conocimiento, devoción y culto de Ella? ¿Te atreverás á decirla sin rubor cuando te presentes delante de Ella: Yo he sido vuestro hijo? Medita bien acerca de esto; llora tu ingratitud; propón eficazmente enmendarte; suspira, ruega, no te canses; importuna al Señor, presentando delante de su misericordia tus necesidades y las de todo el mundo.

27. — SOLEDAD DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Muerto y sepultado Jesús, quedó María en la mayor soledad, durante la cual se ocupó en meditar las penas de su Hijo y en recoger á los Apóstoles.

PRELUDIO 2.º Representate á María sola y afligida, meditando los trabajos y dolores de su Hijo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de compadecerte de la soledad de María.

Punto 1.º *Sepultado Jesús, María volvió á Jerusalén triste y desolada.*—Considera cómo, acabado todo el oficio de la sepultura, la Virgen nuestra Señora, llena de nuevo dolor por verse sola y privada, no sólo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su posada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres; y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Virgen la cruz de su Hijo, la adoró, siendo Ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoración. ¡Oh qué palabras tan tiernas y devotas la diría, regalándose con ella! Hincaría en tierra sus rodillas, y, levantadas en alto las manos, comenzaría á decir: Dios te salve, ¡oh Cruz preciosa!, en cuyos brazos murió el que yo traje siendo niño en los míos: mayor ventura fué la tuya en esto que la mía, pues en mis brazos comenzó la redención del mundo, y en los tuyos la acabó y perfeccionó; bendita eres entre todas las criaturas, porque en ti se trocó la maldición de la culpa en la bendición de la gracia, por el que murió en ti para dar la vida al mundo. Dios te salve, ¡oh árbol de vida!, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna; yo te adoro como imagen del que es imagen invisible de Dios, y tendió sus brazos y pies en ti, para renovar la imagen que Adán borró por su pecado. Con estas ú otras tales palabras adoraría la Virgen la santa cruz, y los demás que iban con Ella, á su imitación, harían lo mismo. Por el camino iría esta Señora con gran cuidado, por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creía que era sangre de Dios y unida con su divinidad, y se lastimaría grandemente de los que la pisaban, llorando los pecados de aquellos que, como

dice san Pablo ¹, huellan al Hijo de Dios y contaminan la sangre de su nuevo Testamento. En llegando á la posada, con grande humildad agradeció á los dos varones, José y Nicodemus, el oficio de caridad que habían hecho con su Hijo, y se despidió de ellos; y quizá les diría lo que David ² á los moradores de Galaad, cuando enterraron á Saul: «Benditos seáis de Dios, que hicisteis tal misericordia con vuestro señor Saul, y le disteis sepultura». ¡Oh Virgen afligida! Si en medio de vuestro dolor y desamparo no os olvidáis de recompensar á aquellos que os hacen algún servicio, yo espero que os acordaréis de mí; que, aunque nada he hecho por Vos, tengo vivos deseos de serviros con todas mis fuerzas todos los días de mi vida. ¡Oh cristiano! Sirve con fidelidad á tu Madre, y Ella premiará tus servicios. ¿Cómo lo has hecho?

Punto 2.º *Pasa María la noche meditando los dolores de su Hijo.*—Considera cómo, entrándose la Virgen en su posada, y retirándose en algún aposento apartado, comenzó á llorar su soledad y desamparo. Tenía su alma dividida en muchas partes, adonde estaba el tesoro de su Corazón. Una parte estaba en el sepulcro con el cuerpo de su Hijo, meditando y rumiando los dolores que había padecido en su Pasión. Otra parte tenía en el limbo con el alma del mismo Hijo, contemplando lo que haría con los padres que allí estaban; pero mucho más se le iría el corazón á los dolores, revolviéndolos por su memoria, y llorando las causas de ellos, suplicando al Padre eterno aplicase su fruto á muchos para gloria del que los padeció. Otro rato de la noche gastó en platicar con la compañía, que allí tenía, de los trabajos de Cristo. Especialmente el Evangelista san Juan, la contó las cosas que había hecho su Maestro en el cenáculo, cómo había cenado con ellos el cordero, lavádoles los pies é instituido el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, y hécholes un divino sermón, y avisádoles de lo que les había de suceder, y cómo se habían ido al huerto de Getsemaní y las palabras de tristeza que les había dicho, y cómo se retiró á oración por tres veces. Y, finalmente, cómo vino Judas con un ejército de soldados á prenderle, los milagros que allí hizo y cómo todos sus discípulos huyeron y le desampararon. Todo esto oía la Virgen con gran devoción y espíritu, y conservaba todas estas cosas, confiriéndolas en su Corazón; pero cuando volvió á contemplar las penas que Ella había visto, toda se resolvía en lágrimas, gastando en esto lo restante de la noche. ¿No nos compadecemos del llanto de María? ¿No la acompañamos en su soledad con fervorosa meditación? ¡Oh Virgen soberana! Querría llorar con Vos, como el profeta Jeremías, y deciros: ¿Cómo estáis sentada en soledad la que solíais ser ciudad llena de mucho pueblo? ¿Qué hacéis como viuda desamparada la que, por derecho, sois Señora de las

¹ Hebr., x, 29. — ² II Reg., II, 5. — ³ Thren., I, 2.

gentes? Llorando lloráis de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huido, y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos, Princesa soberana; cesen vuestros gemidos y suspiros, porque el grano de trigo que sembrasteis en el sepulcro, dentro de tres días saldrá vivo con su fruto muy copioso.

Punto 3.º *María recoge á los Apóstoles y los confirma en la fe.*—En este punto has de considerar cómo aquel buen Pastor, que había dado la vida por sus ovejas, aunque bajó al limbo para dar consuelo y libertad á las que estaban recogidas en aquel aprisco, no se olvidó de las que andaban descarriadas en la tierra, como ovejas sin pastor, y con la virtud de su omnipotencia, desde el limbo las inspiró á que se recogiesen adonde estaba su Madre, para que Ella en su lugar las consolase y esforzase. El primero que vino fué Pedro, todo lloroso y lastimado por las tres veces que había negado á su Maestro; y, postrándose delante de la Virgen y de su condiscípulo Juan, renovaríais sus amargas lágrimas por muchos títulos: por sus negaciones, por los trabajos de su Maestro y por el desconsuelo de la Madre y de los demás que allí lloraban. Pero la Virgen le consoló blandamente, como quien sabía bien la condición de Dios, que es consolar á los que lloran. Luego fueron viniendo los demás Apóstoles, y á todos recibió la Virgen con grande caridad, como recoge la gallina debajo de las alas á sus polluelos, cuando vienen huyendo del milano. Exhortólos á que tuviesen fe y esperanza de la resurrección de su Hijo; pues, como se cumplió lo que les dijo de su crucifixión y muerte, así se cumpliría lo que juntamente les dijo de su resurrección. Puedes también ponderar el sentimiento que la Virgen y los Apóstoles tendrían cuando echaron de menos en su número de doce á Judas, y supieron la desventura de este miserable, el cual, si con arrepentimiento viniera á nuestra Señora, como vino Pedro, sin duda le admitiera y consolara; pero ya su culpa le había puesto donde no es ni será jamás capaz de consuelo. ¡Oh Virgen soberana! ¡Cuán bien comenzáis á ejercitar el oficio de Madre que vuestro Hijo os encargó en la cruz! Recogedme también debajo de vuestras alas, para que los milanos del infierno no se atrevan á hacerme daño. No quiero ser yo como el desventurado Judas, que, desesperando de la misericordia de vuestro Hijo y vuestra, se perdió. Aunque conozco que mis pecados son gravísimos y no merecen perdón, pero confieso que vuestra misericordia los supera, y así confiadamente me arrojo en vuestros brazos, para que me salvéis. ¡Oh alma devota! Aprende de los Apóstoles á recurrir á María en tus tribulaciones. ¿Lo has hecho así en el tiempo pasado?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán amarga y dolorosa fué la soledad de María! Puesto en el sepulcro el cuerpo de su santísimo

Hijo, trata de volverse á su posada, acompañada de las piadosas personas que habían cumplido con el Señor los últimos honores. Ya llega al Calvario, por donde ha de pasar para dirigirse á Jerusalén. Viendo la cruz de Jesucristo, cae de hinojos delante de ella, y humildemente la adora como preciosa reliquia y expresiva imagen suya, enseñándonos el culto que á la misma hemos de dar. Ya en su posada, manifiesta con dulces y afectuosas palabras lo agradecida que está á los fieles israelitas que han dado honrosa sepultura á su Hijo. ¡Oh María! ¡Cuán admirable sois en todas vuestras acciones y palabras! En todo pensáis, á todo atendéis; no olvidáis ningún deber, por insignificante que sea. Sobreviene ya aquella noche que para María parecería un siglo. Sola, desolada, triste, enlutada, tiene su alma como dividida entre el sepulcro en donde se halla el cuerpo, y el limbo donde está el alma de Jesús. Ya se dirige con la imaginación á la calle de amargura, ya al Calvario, ya al huerto donde está el cuerpo de su Hijo. Ya oye la relación que le hace san Juan de todos los sucesos pasados; ya dirige palabras de consuelo á las personas que la rodean; ya, en fin, como fiel pastora y cariñosa Madre de los discípulos de Jesús, trata de reunirlos, animarlos, decirles palabras de consuelo y fortalecerlos en la fe y confianza. Así te enseña María á no olvidar en medio de tu dolor el cumplimiento de tus deberes. Así te enseña á meditar en los trabajos de Jesús. ¿Cómo te has portado tú? ¿Qué harás en adelante? ¿Cuándo te decidirás á imitar á la Virgen en su soledad? ¿Por qué en tus penas te entregas á una loca tristeza, olvidado de tus deberes? Procura ya corregirte, haciendo con este fin propósitos firmes, pidiendo al Señor su auxilio para cumplirlos, y rogándole por la Iglesia y por todo el mundo.

28.—MARÍA SIGUE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS.

PRELUDIO 1.º María se distinguió en la observancia de los consejos de la pobreza, obediencia y castidad.

PRELUDIO 2.º Representate á María diciéndote con ternura: «Yo hago siempre lo que agrada á Dios».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar á la Virgen en el seguimiento de los consejos evangélicos.

Punto 1.º *María siguió los consejos de pobreza y obediencia.* — Considera cómo la Virgen nuestra Señora, ilustrada por el Espíritu Santo, no se retiró á los desiertos, como después lo hizo la Magdalena, sino escogió vivir, á imitación de su Hijo, vida común entre los demás discípulos, para ayudarlos con su ejemplo, guardando con gran perfección todos los consejos evangélicos, y de Ella aprendieron ellos á guardarlos. Primeramente abrazó la pobreza evangélica, haciendo voto de ella, y guardóle

siempre con grande estrechura, viviendo de la limosna que los Apóstoles, después de la Ascensión del Señor, repartían á los fieles y á las demás viudas¹, contentándose mucho mejor que san Pablo², con tener sustento y algo con que cubrirse; porque tenía muy fresca en su memoria la hiel y vinagre y la desnudez de su Hijo en la cruz, en cuya comparación le parecía poco todo cuanto padecía. Y así, como verdadera pobre, deseaba siempre padecer mayores efectos de la pobreza, juntando con ella su hermana la humildad, sin la cual aquélla dejaría de ser verdadera y perseverante. Pondera luego cómo tuvo también excelente obediencia, no solamente á todas las cosas que Cristo nuestro Señor dejó establecidas en la Ley evangélica, sino también á las que san Pedro y los Apóstoles ordenaban para toda la Iglesia, siendo la primera en obedecer y sujetarse á todo, acordándose de lo que su Hijo había dicho: Que quien hiciese la voluntad de su Padre es su verdadero hermano y hermana y su madre; y así, en ninguna cosa quiso tanto mostrar ser Madre de Cristo como en obedecer á Cristo y á los que dejó en su lugar. ¡Oh Virgen soberana! Gózome de veros Madre de Cristo mi Señor, por dos títulos: por haberle engendrado en vuestro seno, y por haberle concebido en vuestro espíritu con perfecta imitación; sólo resta, Señora, que seáis su Madre por otro tercer título, engendrándole también espiritualmente en los corazones de los fieles, engendrándole dentro de mi alma, negociando que siempre viva en ella por todos los siglos. ¿Seguimos nosotros los admirables ejemplos que nos da María? ¿La imitamos en la práctica de las virtudes de la pobreza y obediencia?

Punto 2.º *María guardó la castidad, ayudándose para esto de la modestia, silencio y templanza.*—Considera cómo María se señaló sobre todo en la castidad, de la cual hizo voto y lo guardó perpetuamente y con una pureza más que angélica; por lo cual la Iglesia, no solamente la llama Virgen de las vírgenes, sino la misma virginidad, diciendo: «Santa é inmaculada Virginidad, no sé con qué palabras te pueda ensalzar». Daría, al modo que el Arca del Testamento, que era de Setim, madera incorruptible, y guarnecida por dentro y por fuera con chapas de oro purísimo³, adornó su incorruptible castidad con virtudes purísimas, así las que perfeccionan el cuerpo en las obras exteriores, como las que perfeccionan el espíritu en las obras interiores, para ser santa, como dice el Apóstol, en el cuerpo y en el espíritu. La primera virtud fué rara modestia en todos los meneos exteriores, con una celestial compostura en el mirar y andar y en el modo de hablar, de tal manera, que el semblante del cuerpo era retrato de la santidad del espíritu, y por la portada exterior se conocía la hermosura del edificio interior, con res-

¹ Act., iv, 35. — ² 1 Tim., vi, 8. — ³ Matth., xii, 50. — ⁴ Exod., xxv, 10.

plandores de divinidad. La segunda fué silencio admirable y muy discreto, hablando solamente cuando convenía, pocas palabras y con voz humilde, como consta de las que se cuentan en el Evangelio, por lo cual sus labios se comparan á una cinta de grana¹, dando á entender que ceñía sus palabras, pero con muestras de caridad. La tercera virtud fué singular templanza y abstinencia, guardando una regla celestial, que refiere san Ambrosio, porque comía del manjar ordinario que se halla dondequiera, y en tanta cantidad que bastase para no morir y no para regalar. Y, además de esto, después que se ausentó su Hijo, cumplió lo que Él había dicho, que ayunarían los amigos del esposo², ayudando Ella mucho, en especial cuando pretendía alcanzar algo para la Iglesia, juntando ayuno y penitencia con la oración, como se lo reveló después á santa Isabel. ¡Oh Virgen purísima! Ya no me sorprende vuestra pureza, más que de ángel, al considerar vuestra rigurosa mortificación. No necesitábais Vos de tal medio, habiendo sido concebida en gracia y no sintiendo en Vos la rebeldía de la carne; no obstante, por darnos ejemplo, la practicáis con tal rigor, como si os fuera indispensable. Comunicadme, Señora, este espíritu para que imite vuestra castidad. ¿Nos valemós nosotros del silencio, modestia y templanza para conservar la castidad? ¿No nos acusa la conciencia de haber omitido estos poderosos medios?

Punto 3.º *María conservaba la castidad por medio de la devoción y vigilancia.*—Considera cómo para guardar la castidad se ejercitaba también María, según san Ambrosio, en raras vigiliias, porque solamente dormía lo necesario para vivir, á más no poder; y aun entonces no estaba del todo ociosa, porque, durmiendo el cuerpo, velaba su ánima, ó repitiendo lo que había leído, ó continuando lo que había interrumpido, ó ejecutando algo de lo que había propuesto, proponiendo algo de nuevo, con varios afectos del espíritu, según lo de los Cantares³: «Yo duermo y mi corazón vela». Demás de esto, tuvo gran diligencia para todas las obras exteriores que pertenecían al culto de Dios, y al servicio de su Hijo, y al gobierno de su pobre casa, y al bien de los prójimos, cumpliendo las obras de religión, piedad y misericordia, con gran cuidado. Esta virtud pondera san Ambrosio con estas palabras: «¿Cómo contaré la poca comida de la Virgen y su mucho trabajo? Su ocupación fué tanta, que sobrepujaba á sus fuerzas; su comida tan poca, que casi faltaba á ellas; su ocupación fué tan continua, que no tenía interrupción; la comida tan rara, que á pares pasaba los días sin comer». Finalmente, guardó con suma vigilancia su Corazón, dél cual, como dice el Sabio⁴, procede la vida; y así, cuando salía de su casa, aunque fuese con compañía, ninguna guarda llevaba mejor que á sí mis-

¹ Cant., iv, 3. — ² Matth., ix, 15. — ³ Cant., v, 2. — ⁴ Prov., iv, 23.

ma, la cual velaba en guardar sus sentidos, componer sus meneos y conservar puro su Corazón para su Dios, á quien solamente deseaba agradar, sin hacer caso de los vanos juicios y dichos de los hombres; por lo que buscaba por juez y testigo de sus acciones, no á los hombres, sino á Dios, cuya gloria deseaba. ¿Admiras tú la vigilancia, actividad y mortificación de tu Madre? ¿Cómo la imitas en estas virtudes? ¡Oh Virgen soberana, más pura que los ángeles del cielo! Gózome de que seáis espejo de vírgenes, dechado de religiosas y muestra de evangélica perfección. Suplicad á vuestro Hijo me adorne con vuestras virtudes, para que guarde con perfección sus consejos.

Epílogo y coloquios.—¡Cuán bien siguió María los consejos evangélicos en el tiempo que transcurrió desde la Ascensión de su Hijo hasta su muerte! Aunque en la soledad hubiera Ella hallado todas sus delicias, no cesando nunca de conversar con Dios y con sus ángeles; sin embargo, por disposición del Señor, quedóse entre sus discípulos, para alentarlos con su presencia y enseñarles con su ejemplo el seguimiento de los consejos evangélicos. ¡Con qué perfección los siguió! Ella fué pobrísima, guardando escrupulosamente este voto, contentándose con lo que querían darle los Apóstoles y demás encargados de las distribuciones, huyendo de toda singularidad, bastándole para su contento tener algo que comer y con que cubrirse. Ella fué obedientísima, sometiéndose con todas las circunstancias que exige la perfecta obediencia, no sólo á todas las leyes y consejos de su divino Hijo, sino también á las que daba san Pedro y demás Apóstoles, para el gobierno de la Iglesia. Mas, la castidad fué la perla más preciosa que embelleció su alma. ¡Con cuánto esmero la procuró! ¡Con cuánto cuidado la conservó! Para defenderla, la rodeó de seis poderosas virtudes, que, al par que de defensa, la servían de adorno y la daban brillo: modestia angelical, silencio prudente, templanza estrechísima, ocupación continua, vigilancia incesante y vigiliias prolongadas. ¡Oh religioso! Aquí tienes el más perfecto modelo de la santidad á que debes aspirar. Si fueses pobre, obediente y casto como lo fué María, de ti podría decirse en la muerte que has peleado buen combate. Examina detenidamente en qué cosas, cuándo y por qué te apartas del seguimiento de tu Madre santísima, acarreándote con esto daños sin cuento. Despierta ya de tu letargo, resuélvete de una vez á salir de tu tibieza; mira lo que debes corregir, enmendar y perfeccionar; forma propósitos; insta en la oración fervorosa, pidiendo por ti y por todos.

29.—ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º María fué el más perfecto modelo de la oración y contemplación más sublime.

PRELUDIO 2.º Representate á María orando y exhortándote á imitarla.

PRELUDIO 3.º Pide á María que te alcance espíritu de oración.

Punto 1.º *María estaba libre de los impedimentos de la oración y poseía las virtudes que disponen para ella.*—Considera cómo María, por un especial privilegio, estaba completamente libre de los cuatro impedimentos de la oración y contemplación, que san Bernardo llama culpa que remuerde, cuidado que punza, sentido que codicia y tropel de vanos pensamientos que turban la imaginación. De suerte que no fué nuestra Señora como la Sunamitis, que es alma cautiva y presa de sus pasiones, la cual se turba á sí misma con estos carros de cuatro ruedas, apartando de Dios nuestro Señor su vista en la oración, hasta que la llama cuatro veces con grande eficacia, diciéndola: «Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos»; porque esta sacratísima Virgen siempre miraba á Dios, sin tener cosa que la desviase ni apartase un punto de esta vista. Para lo cual la ayudaba el tener muy en su punto todas las virtudes que disponen á la oración y contemplación, y la sirven de alas para subir al cielo, especialmente viva fe de los divinos misterios, grande confianza en Dios nuestro Señor, humildad muy profunda, y sobre todo caridad muy encendida, con la eminencia de la sabiduría y demás dones del Espíritu Santo. Y, como estas virtudes iban siempre creciendo, así crecía también la contemplación; por lo cual con mayor admiración decían los ángeles: «¿Quién es ésta que sube por el desierto como vara de humo, salida de mirra y de incienso y de todo género de polvos olorosos?» Como si dijeran: ¿Quién es ésta que está llena de mirra de mortificación, y de incienso de oración, y de polvos olorosos de todas las virtudes, las cuales, echadas en las brasas de su caridad, levantan un humo suavísimo de contemplación, que siempre va subiendo, y sube tan alto, que le perdemos de vista? ¡Oh Virgen santísima! Gózome de que, viviendo en la tierra, tengáis siempre vuestra conversación en el cielo, volando tan alto, que causéis grande admiración á los ángeles que os miran. Llevadme, ¡oh Virgen piadosísima!, tras Vos, al olor de vuestros ejemplos, y encended en mi alma un fuego de caridad, que consuma en ella todo lo terreno, y la levante á contemplar lo celestial. ¡Oh alma mía! Mira los impedimentos que has de orillar, las virtudes que te conviene practicar para que en

1 Cant., vi, 12.—2 Cant., iii, 6.

tu oración imites á la Virgen. ¿Qué resoluciones te importa hacer para esto?

Punto 2.º *María frecuentaba los lugares en que padeció Jesús, y recibía diariamente la Eucaristía.*—Considera cómo María, para despertar en su alma y dar continuo pábulo á su fervorosa devoción, frecuentaba muy á menudo los lugares donde su Hijo santísimo había obrado los misterios de nuestra redención. Visitaba el huerto de Getsemani, donde Jesús había dado principio á sus trabajos con el voluntario sudor de sangre; el monte Calvario, en donde habían llegado á su colmo y habían terminado; el santo sepulcro y el monte de las Olivas, de donde se subió á los cielos, y el sagrado cenáculo donde vino el Espíritu Santo y adonde se había instituido el Santísimo Sacramento; y hacia estas visitas con grande reverencia y devoción, y con muy alta contemplación de los misterios que allí se obraron, recibiendo nuevas ilustraciones acerca de ellos. ¡Oh quién pudiese seguir á esta Señora en estas piadosas excursiones al monte de la mirra y al collado del incienso¹, y sentir los devotísimos afectos que Ella sentía! Pondera también cómo la Virgen sacratísima alimentaba y acrecentaba su caridad y devoción, comulgando cada día con extraordinaria fe, reverencia y amor, y recibiendo á su divino Hijo sacramentado, para unirse con Él de nuevo, y entreteniéndose con verle y gozarle en el Sacramento hasta que le viese en la gloria. Y en cada comunión recibía tan grande aumento de gracia, por su excelentísima disposición, que no es posible declararse, y muchas veces se le mostraba Cristo nuestro Señor en la forma que allí está, como después acá lo ha hecho con otros siervos suyos. ¡Oh Virgen Santísima! Gózome de veros renovar cada día el primer gozo de la encarnación, recibiendo sacramentalmente en vuestro pecho al que entonces recibisteis en vuestras entrañas. Por Él os suplico me alcancéis tal disposición para recibirle, que me llene de su gracia, y después le goce con Vos en la gloria. ¡Oh alma fiel! En la meditación de la vida y Pasión del Señor, y en la frecuencia de Sacramentos, hallarás eficaces medios para adelantar en el espíritu y santificarte. ¿Cómo los practicas?

Punto 3.º *Dones soberanos de contemplación que tuvo María.*—Considera cómo María oraba instantemente, en todo lugar y tiempo, con la mayor continuación que oró pura criatura, cumpliendo el consejo de su Hijo, que dice: «Conviene siempre orar, y no desfallecer²». Oraba y contemplaba de día y de noche, haciendo obras de manos; y aun durmiendo pensaba muchas veces en Dios, el cual la visitaba entonces con visiones no menos regaladas que las de Jacob³, cuando, durmiendo, vió el reino de Dios en figura de escala. Y generalmente en su contem-

1 Cant., iv, 6. — 2 Luc., xviii, 1. — 3 Gen., xxviii, 12.